

LUISA.—(*Se detiene, se levanta, va y vuelve con la cabeza inclinada al suelo, como si buscara algo. Luego se sienta de nuevo y escribe.*) «... pudiera escapar!»

WURM.—«Mañana está de servicio. Aproveche Vucencia el instante en que me dejará sola, y acuda al sitio que sabe.» ¿Está? «al sitio que sabe.»

LUISA.—Está.

WURM.—«Al sitio que sabe, en busca de su tierna Luisa.»

LUISA.—Faltan las señas.

WURM.—«Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA.—¡Oh Providencia! Nombre tan extraño á mi oído, como ajenas á mi corazón estas infames líneas. (*Se levanta, contempla en silencio el papel, lo entrega al secretario, y dice, falta de aliento.*) Tome V... mi nombre sin tacha, mi Fernando... toda la felicidad de mi vida, pongo en sus manos... Ya nada me queda.

WURM.—¡Oh! no desespere V., querida Luisa... me intereso vivamente por V... Tal vez... ¡quién sabe!... pasaría por alto ciertas cosas... en verdad... Vaya... que me da V. compasión.

LUISA.—(*Mirándole fijamente.*) Basta, que va V. á manifestar un deseo horrible.

WURM.—(*Asiéndole la mano y pretendiendo besarla.*) Supongamos que fuera esta linda mano... ¿Qué le parece á V., señorita?

LUISA.—(*Con grandeza y horror.*) Había de estrañarte el día de la boda, y luego sufrir el tormento satisfecha. (*Hace que se va y vuelve.*) ¿Hemos concluido, señor mio? ¿Puede emprender el vuelo la paloma?

WURM.—Falta una pequeña formalidad, señorita. V. reconocerá conmigo, V. jurará que ha escrito la carta libremente, sin coacción de ningún género.

LUISA.—¡Oh Dios mio!... Y será sellada con tu nombre esta obra del infierno. (*Wurm se va con ella.*)



ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Presidente.

FERNANDO trayendo una carta abierta en la mano, sale precipitadamente por una puerta, y UN CRIADO por otra.

FERNANDO.



A venido el Mariscal?

EL CRIADO.—Señor Mayor, el señor Presidente ha preguntado por Vucencia.

FERNANDO.—¡Mil rayos!... Pregunto si ha venido el Mariscal.

EL CRIADO.—Su Excelencia está arriba, jugando al faraon.

FERNANDO.—Su Excelencia debe bajar aquí con cien mil de á caballo. (*El criado se va.*)

ESCENA II.

FERNANDO, solo.

(Lee de nuevo la carta, ora inmóvil de sorpresa, ora paseándose colérico.)

¡Es imposible!... ¡imposible!... que tan hermoso

cuerpo encierre tan malvado corazón... Y no obstante, aunque descendieran todos los ángeles del cielo á garantir su inocencia, y el cielo y la tierra y el mismo Creador la afirmaran... esta es su letra... ¡Oh monstruosa, inaudita traición, sin ejemplo en el mundo! Esta era la causa de que se obstinara en no huir... esta era... ¡Oh Dios mio!... Despierto al fin; todo se explica. Hé aquí por qué renunciaba con tal heroísmo á mi amor. Poco faltó para que me engañara con ese divino artificio. (*Se pasea á largos pasos; luego, deteniéndose.*) ¡Penetrar de tal modo en mi corazón! Corresponder á los más osados impulsos, á las secretas y tímidas emociones, á la ardorosa agitación... sorprender la más delicada é indefinible vibración de mi alma, y estimarme en lo que valía por mis lágrimas, y acompañarme hasta la escarpada cima de la pasión, y allí ir todavía á mi encuentro, al borde del abismo que da vértigo... ¡Oh Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿y todo esto no era más que una farsa? ¡Ah! si de tan halagüeños colores se reviste la mentira, ¿cómo no escaló todavía el cielo el demonio? ¡Con qué persuasiva perfidia palideció la falsa, cuando le indiqué los peligros de nuestro amor! ¡Con qué victoriosa dignidad anonadó el imprudente sarcasmo de un padre!... Y sin embargo, ella se sentía culpable en aquel momento. ¿Pues qué? ¿no resistió á la prueba de la verdad? ¡la hipócrita! ¿no se desmayó? ¿Qué lenguaje te resta, emoción del alma, si las coquetas saben fingir desmayos? ¿Cómo te justificarás ¡oh inocencia! si las ramerías apelan también á ese recurso? Harto sabe ella qué hizo de mí; harto ha visto el fondo de mi alma, y con el rubor del primer beso leyó en mis ojos lo que pasaba en mi corazón. Y en tanto, ella no sentía nada que no fuera el triunfo de su arte. Mientras en mi feliz embriaguez, creía poseer en ella el cielo entero y enmudecían mis impetuosos deseos, fijo tan sólo mi pensamiento en

ella y en la eternidad, ella ¡oh Dios mio!... ella no sentía nada, nada sino el orgullo del éxito, nada sino el homenaje rendido á sus hechizos, nada ¡oh rabia! sino que era engañado.

ESCENA III.

EL MARISCAL.—FERNANDO.

EL MARISCAL.—(*Andando de puntillas.*) ¿Dicen que deseaba V. verme, querido?

FERNANDO.—(*Aparte.*) Lo que deseo es romperle la crisma á un tunante. (*Alto.*) Mariscal, esta carta habrá caído del bolsillo de V. en la parada. (*Con amarga sonrisa.*) He tenido la fortuna de hallarla.

EL MARISCAL.—¿Usted?

FERNANDO.—Por feliz casualidad. Culpe V. de ello á la Providencia.

EL MARISCAL.—Me espanta... ya lo ve V.

FERNANDO.—Lea, lea. (*Haciéndose á un lado.*) Si no soy afortunado en el papel de amante, tal vez saldré más airoso del de medianero. (*Mientras lee el Mariscal, Fernando descuelga un par de pistolas de la pared.*)

EL MARISCAL.—(*Echa la carta sobre una mesa é intenta escapar.*) ¡Maldición!

FERNANDO.—(*Asiéndole por un brazo y trayéndole de nuevo á la escena.*) Despacio, Mariscal. El caso me parece divertido y quiero que se me recompense el hallazgo. (*Le enseña las pistolas.*)

EL MARISCAL.—(*Retrocediendo asustado.*) Por Dios, querido amigo, sea V. razonable.

FERNANDO.—(*Gritando y con acento terrible.*) Con esto sobra para mandar al otro mundo á un miserable como tú. (*Le presenta una pistola y saca luego un pañuelo de bolsillo.*) A ver; coja V. por una punta ese pañuelo que me dió cabalmente aquella pérdida.

EL MARISCAL. — ¡Ese pañuelo!... Pero está V. loco... ¿qué quiere V. hacer?

FERNANDO. — Coge la punta de ese pañuelo, te digo, sino dispararías de medio lado, cobarde. Debieras dar gracias á Dios, cobarde, de que al fin éntre algo en tu cerebro. (*El Mariscal intenta escapar.*) Quieto; no hay que largarse así. (*Le detiene y corre el cerrojo.*)



EL MARISCAL. — ¿En esta sala, Baron?

FERNANDO. — Como si valiera la pena de salir á dar un paseo por las murallas. Aquí va á resonar mejor el tiro. Será la primera vez que metas un poco de ruido en el mundo... Dispara.

EL MARISCAL. — (*Enjugándose la frente.*) ¡Y así expone V. su vida, presuntuoso mancebo!

FERNANDO. — Dispara, repito; nada tengo que hacer en el mundo.

EL MARISCAL. — Pues yo sí... y mucho, querido amigo.

FERNANDO. — ¿Tú, bribon?... ¡Cómo!... tú... Ah... sí; tú debes ser el eje aquí, donde no abundan cierta-

mente los hombres; tú debes estirarte y encogerte como la mariposa clavada con un alfiler, y llevar la cuenta de las veces que se viste tu amo, y trotar por ahí con su alma á cuestras, como un caballo de plaza. Perfectamente. Te llevaré conmigo como un animal raro; por allá parecerás un moro domesticado; has de danzar al son de los gemidos de los condenados, ir y venir, obedecer y divertir con tus muecas de palaciego, nuestra eterna desesperacion.

EL MARISCAL. — Haré cuanto mande, caballero, y como guste... pero retire V. las pistolas.

FERNANDO. — ¡Ahí está, el hijo del dolor, que parece nacido para afrentar la creacion, como si un falsificador de Tubinga hubiese intentado reproducir la obra del Todopoderoso. ¡Lástima de esa particula de sesos en este cráneo ingrato!... Con ella hubiera bastante para hacer de un mono un hombre, mientras ahora sólo sirve para afrentar á la razon. Y pensar que ella compartió su corazon con ese... con ese... ¡hecho atroz è inexplicable! con ese ente nacido, más para disgustar del vicio que para arrastrar á él.

EL MARISCAL. — ¡Ay, gracias á Dios... que se entretiene en decir agudezas!

FERNANDO. — Mejor es dejarlo por lo que es y no hacerle caso... como á un insecto. Le vemos, nos encomemos de hombros, y admiramos tal vez la sabia economia del cielo que nutre con las inmundicias algunas criaturas y prepara un festin á los cuervos en la horca, y á los palaciegos en la corte real. Despues de todo, admira en verdad la hábil direccion de la Providencia, atenta á mantener á los pillos y á las tarántulas para que cuiden de esparcir el veneno... (*Con mayor rabia.*) Mas que no se llegue el insecto rastreando á mis flores ó... (*cogiendo al Mariscal y sacudiéndole bruscamente*) así... y así... y vuelta... y dale... le aplasto.

EL MARISCAL. — (*Aparte, intentando respirar.*) ¡Oh

Dios mio!... Quién me diera verme lejos de aquí, á cien leguas, en Bicêtre, cerca de Paris... con tal de no hallarme junto á ese hombre.

FERNANDO. — ¡Ah, miserable! Si empañaste su pureza ¡miserable! si buscaste el deleite donde hallé tan sólo motivo de adoracion; si te has entregado á la licencia, cuando elevaba yo á Dios mi alma... (*Pausa; luego, con voz terrible.*) ¡Ah, miserable! más te valiera refugiarte en el infierno, que tropezar en el cielo con mi cólera. Dime ¿qué has conseguido de ella? Confésalo.

EL MARISCAL. — Suélteme V. y lo descubriré todo.

FERNANDO. — ¡Oh! más dulce ha de ser galantear á esa muchacha, que gozar con otra de colmada ventura! Conque ella quisiera, destronara la dignidad y desnaturalizaria la virtud con el deleite. (*Al Mariscal, apuntándole una pistola al pecho.*) ¿Qué has conseguido de ella? Dilo ó disparo.

EL MARISCAL. — ¡Si no ha pasado nada!... nada... Tenga V. un momentito de paciencia... Le están á V. engañando.

FERNANDO. — ¡Y tú me la pagarás, infame!... ¿Qué has conseguido?... Despacha ó te mato.

EL MARISCAL. — *Mon Dieu!* ¡Dios mio! si le digo á V... Su padre... su propio padre...

FERNANDO. — (*Colérico.*) Te ha vendido á su hija... ¿Y qué has conseguido? Habla ó te mato.

EL MARISCAL. — Está V. loco... no me oye V... Ni la he visto nunca, ni la conozco, ni sé una palabra de ella.

FERNANDO. — (*Retrocede.*) ¡Que no la has visto, ni la conoces, ni sabes nada de ella!... Por tu causa la Miller está perdida, y ahora reniegas de ella tres veces... ¡Afuera, canalla! (*Le echa del salon á culatazos con la pistola.*) No se inventó la pólvora para tí.

ESCENA IV.

FERNANDO. Larga pausa; con el rostro demudado y expresion terrible.

Estoy perdido... Si, desgraciada; lo estoy y conmigo tú. Sí, ¡oh Dios mio! lo estoy y conmigo tú. No me la arrebatas, ¡oh Dios, juez del mundo! Es mia; por ella abandoné el mundo entero, y renuncié á todas las magnificencias de la creacion. Déjame esa niña. Millones de almas suspiran por tí; vuelve á ellas tus ojos compasivos, y déjame sólo á ésta, Juez del mundo (*Juntando las manos.*) ¡Cómo podrá rehusarme un alma, hoy la más infeliz, el rico, el poderoso Señor de todo! Es mia; fui para ella un dios, y héme convertido en su ángel malo. (*Con extraviados ojos.*) Atado con ella en la rueda de los condenados por toda la eternidad, mis ojos clavados en los suyos, mis cabellos erizados sobre mi frente confundíendose con los suyos, y mis lamentos con los suyos... yo le pediria de nuevo entonces su amor y repitiera mis juramentos... ¡Oh Dios mio!... ¡Espantoso enlace... pero eterno! (*Hace que se va. Sale el Presidente.*)

ESCENA V.

EL PRESIDENTE. — FERNANDO.

FERNANDO. — (*Retrocediendo.*) ¡Oh padre mio!

EL PRESIDENTE. — Bueno es que nos encontremos, querido hijo. He de darte una buena noticia, que sin duda te sorprenderá. Sentémonos.

FERNANDO. — (*Mirándole fijamente.*) ¡Padre mio! (*Se dirige á él con viva emocion, y le coge la mano.*) ¡Padre

mío! (*Cae de rodillas delante de él besándole la mano.*)
¡Oh padre mío!

EL PRESIDENTE. — ¿Qué tienes, hijo mío? Alza; tu mano arde... tiemblas...

FERNANDO. — (*Con ardiente emoción.*) Perdon por mi ingratitud, padre mío. Soy un réprobo, pues desconocí tu bondad, la paternal solicitud con que velabas por mí... ¡Oh! fuiste profeta... Perdon, perdon, padre mío; reclamo tu bendición.

EL PRESIDENTE. — (*Afectando ignorancia.*) Alza, hijo mío; atiende á que me estás hablando por enigmas.

FERNANDO. — La Miller, padre... ¡oh qué bien conoces el corazón humano! Tu cólera era tan justa, tan generosa, tan paternal... Sólo que erró en el medio... La Miller...

EL PRESIDENTE. — No me tortures más, hijo mío; maldigo mi rigor, y venia cabalmente á que me perdonarás.

FERNANDO. — ¡A que yo te perdonara!... ¡Si merezco ser maldito! Si tu disgusto era prudencia, y celestial compasión tu rigor!... La Miller, padre...

EL PRESIDENTE. — Es buena y noble muchacha. Me retracto de mis precipitadas sospechas, pues ha sabido conquistarse mi estimación.

FERNANDO. — (*Se levanta agitado.*) ¡Cómo!... ¿Tú también, padre mío? ¿Es pura como la inocencia, verdad? ¿verdad que el amarla, es la cosa más natural del mundo?

EL PRESIDENTE. — Sin duda alguna, y crimen fuera no amarla.

FERNANDO. — ¡Caso inaudito, ... monstruoso! Y no obstante, sabes leer en los corazones, y la contemplabas con odio. ¡Hipocresía sin ejemplo!... La Miller, padre...

EL PRESIDENTE. — Es digna de ser mi hija. Su virtud equivale á los blasones, y su hermosura á la riqueza. Ceden mis principios ante tu amor. Tuya es.

FERNANDO. — (*Yéndose precipitadamente.*) ¡Esto me faltaba!... Adios, padre mío. (*Se va.*)

EL PRESIDENTE. — (*Tras él.*) Aguarda, aguarda. ¿A dónde vas? (*Se va.*)

ESCENA VI.

Rico salon en casa Milady.

Salen MILADY y SOFÍA.

MILADY. — Conque ¿la viste y vendrá?

SOFÍA. — Al instante. Fué á vestirse á toda prisa.

MILADY. — Nada me digas de ella... calla... tiemblo como un reo, con sólo figurarme que voy á ver esa feliz muchacha, cuyo corazón se acuerda con el mío de tan cruel modo... ¿Qué le pareció mi invitación?

SOFÍA. — Pareció que la sorprendía, mas luego se puso á reflexionar y me miraba con unos ojazos, ... sin decir palabra. Me disponía á recibir sus excusas, cuando dándome una mirada que me sorprendió, me ha dicho: Su señora me ordena hoy, lo que yo pensaba pedirle mañana.

MILADY. — (*Inquieta.*) Déjame, Sofía, compadéceme. Si es una mujer vulgar, me avergonzaré de este paso, y si es algo más, causará mi desesperación.

SOFÍA. — Pero, Milady... no parece esta la mejor disposición de ánimo para recibir á una rival. Acuértese V. de lo que es, y apele á su alcurnia, á su calidad, á su poderío. Fuerza es que aquí en la propia casa, añada la altivez nuevos esplendores á tan soberbio porte.

MILADY. — (*Distraída.*) ¿Qué dice esa loca?

SOFÍA. — (*Maliciosamente.*) ¿Es pura casualidad que le adornen á V. hoy los más preciosos diamantes y ri-

cos vestidos, mientras pululan en la antesala pajes y jeduques?... ¿Es pura casualidad que reciba V. á la pobre muchacha en el más suntuoso salon de palacio?

MILADY. — (*Paseándose con amargura.*) ¡Esto es odioso, insoportable! ¡Qué lince son las mujeres para descubrir las flaquezas de las mujeres! ¡Y cuán profunda... pero cuán profunda... ha de ser mi caída, para que me comprenda semejante criatura!

Sale UN LACAYO. — La señorita Miller.

MILADY. — (*Á Sofia.*) Anda, retírate. (*En tono de amenaza, viendo que Sofia titubea.*) Vè; te lo mando. (*Sofia se va. Milady dà una vuelta por la sala.*) Perfectamente; esta agitacion me sienta á las mil maravillas; así deseaba hallarme. (*Al criado.*) A esta señorita, que pase. (*Se va el criado. Se echa en un sofá con cierta nobleza y descuido.*)

ESCENA VII.

LUISA MILLER, se adelanta con timidez, y se queda á gran distancia de Milady. — MILADY, vuelta de espaldas á ella, examina atentamente á Luisa en un espejo colocado enfrente. Pausa.

LUISA. — Señora, ¿qué gusta V. mandarme?

MILADY. — (*Se vuelve hácia Luisa y la saluda con leve inclinacion de cabeza, con frialdad y altanería.*) ¡Ah!... ya por aquí... Sin duda, señorita, ... cierta... ¿Cómo se llama V.?

LUISA. — (*Algo picada.*) Mi padre, Miller; la señora mandó llamar á su hija.

MILADY. — Sí, sí; ya recuerdo; la pobre hija del músico de que se trató últimamente. (*Pausa. Aparte.*) Figura interesante, pero no es una beldad. (*Alto, á Luisa.*) Acércate, hija mia. (*Aparte.*) ¡Cómo dicen sus

ojos que están avezados á llorar! ¡Y lo que me gustan á mi tales ojos! (*Alto.*) Acércate más aún, hija mia. Parece que me temes.

LUISA. — (*Con altivez, y en tono resuelto.*) No, Milady; desprecio el juicio del vulgo.

MILADY. — (*Aparte.*) ¡Lo que son las cosas!... Esas bravatas las aprendió de él. (*Alto.*) Me ha sido V. recomendada, señorita; dícnme que tiene V. alguna instruccion y trato de mundo, y por mi parte quiero creerlo. Por nada quisiera tachar de embustero á tan celoso protector.

LUISA. — A nadie conozco, que haya podido tomarse la molestia de buscarme una protectora.

MILADY. — (*Confusa.*) ¿Y por quién se tomaria esta molestia? ¿Por la protectora ó por la protegida?

LUISA. — No alcanzo qué quiere V. decir.

MILADY. — Es más maliciosa de lo que se diria viéndola con esa cara tan franca. ¿Decía V. que se llamaba Luisa? ¿Y qué edad tiene V., si no le parece indiscrecion?

LUISA. — Diez y seis años.

MILADY. — (*Levantándose con viveza.*) ¡La gran palabra!... ¡Diez y seis años!... el primer latido de la passion... la primera y argentina nota de un piano nuevo... No hay nada tan seductor como eso... Siéntate... ¿sabes que te quiero bien, hija mia?... ¡Y él por su parte ama tambien por primera vez!... ¿Es milagro que los rayos de la aurora se confundan? (*Asiéndole la mano con cariño.*) Queda acordado pues, que tu fortuna corre de mi cuenta... ¡Nada como las primeras ilusiones! (*Acariciándole la mejilla.*) Sofia se casa y tú ocuparás su lugar... ¡Diez y seis años!... Esto no puede ser de larga duracion.

LUISA. — (*Besándole la mano con respeto.*) Doy á V. mil gracias, señora, por su ofrecimiento, como si lo aceptara.

MILADY. — (*Colérica.*) ¿Cómo se entiende?... Habráse visto... ¡la gran señora! Ordinariamente las niñas de la clase de V. se consideran muy felices con hallar una colocacion. Pues ¿á dónde quiere ir la preciosilla? ¡Si se figurará que sus manos son demasiado lindas para la costura!... ¿Si estará tan orgullosa de su palmito?

LUISA. — Mi figura, como mi condicion, no es obra mia, señora.

MILADY. — ¿Le parece á V. que esto durará siempre? ¡Pobre criatura! Quien te metió esa idea en la cabeza, sea quien fuese, se ha burlado de tí y de sí mismo. Tus mejillas no han sido doradas al fuego, que yo sepa. Lo que el espejo te presenta como eterno y vigoroso, es sólo vano oropel que más ó menos tarde se marchitará en manos de tu adorador... ¿Y qué harás entonces?

LUISA. — He de compadecer al adorador, que compró un diamante porque le pareció engarzado en oro.

MILADY. — (*Sin atenderla.*) A la edad de V., las doncellas suelen mirarse en dos espejos, el de verdad y su admirador; éste con sus complacientes amaños corrige la ruda franqueza del otro. Que el uno muestra alguna mancha de viruelas... ¡oh, qué hoyuelos tan graciosos! dice el otro. Y vosotras, incautas, sólo creéis al adulador, y pasais de éste á aquel hasta confundir ambos testimonios... ¿Por qué me mira V. así?

LUISA. — Perdone V., señora; iba á compadecer estos chispeantes rubies, que no sospechan ciertamente el celo con que su dueña condena la vanidad.

MILADY. — (*Ruborizándose.*) Basta de digresiones... ¿eh? Si no es porque confía V. en su nobleza, ¿qué motivo tiene V. para renunciar á una posicion como la que le ofrezco? Convénzase V. de que es la única que puede enseñarla á conocer el mundo y los buenos modales, y á soltar las preocupaciones de su clase.



Lady Milford y Luisa.

LUISA. — Y con ellas la inocencia, Milady.

MILADY. — ¡Qué necedad! Ni el más descarado tronera se atreve con una mujer, si no se le da pié para ello. Pórtese como quien es, digna y honradamente, y yo le fio que vivirá V. segura.

LUISA. — Perdóneme V., señora, que lo dude. Los palacios de ciertas damas suelen ser teatro de la más desenfrenada licencia. ¿Quién ha de sospechar en la hija de un pobre maestro, heroísmo bastante, sí, ... heroísmo, ... para arrojarse en medio de la peste, prevenida contra el contagio? ¿Quién supondrá que Milady mantiene á sus costas el gusano roedor de su conciencia; y prodiga considerables sumas por sólo el gusto de morir de vergüenza á cada instante? Hablo con franqueza, señora. ¿Le agradará á V. mucho verme, cuando salga de casa para ir á divertirse? ¿No le pareceré á V. insoportable á la vuelta?... ¡Oh! mejor es, mucho mejor que vivamos separadas y á mucha distancia, y vayan por medio mares si es posible. Porque, ... ve V..., puede llegar un momento de reflexión, de cansancio, de remordimiento, y entonces ¡qué martirio no será para V., señora, contemplar en el rostro de la doncella de V. aquella serena paz, premio de la inocencia y la pureza! (*Retrocediendo.*) Repito, señora, mil perdones.

MILADY. — (*Vivamente agitada.*) Esto es insoportable. ¡Que me diga esto á mí! Lo más insoportable es que tenga razon. (*Va hácia Luisa y clava en ella la mirada.*) Hija mia, tú no me engañas: no se habla con tanto calor por simple convicción. A través de estas máximas veo el empeño de alguna pasión que hace horrible para tí la idea de estar á mi servicio, é inflama tus palabras... (*Amenazante.*) Yo la descubriré.

LUISA. — (*Con nobleza y confiadamente.*) Y más que así fuere; aun cuando con la punta del pié saque de su modorra al pobre gusano, que tiene también su

aguijon, señora, para defenderse de las injurias... declaro á V. que no temo su venganza. Hundiérase el mundo, y habia de verlo sonriendo el infeliz reo sentado en el cadalso... Así yo, señora; tan grande es mi desgracia, que mi propia franqueza ningun perjuicio puede acarrearne. (*Pausa. Gravemente.*) Quiere V. sacarme del polvo en que nací; está bien; no he de examinar este acto de bondad, bastante sospechoso por cierto; pero si preguntaré, señora, qué pudo llevarla á creer que me avergüence de mi estado, y quién le dió á V. el derecho de ofrecirme una colocacion, antes de averiguar si quería recibirla de sus manos. A todos los goces del mundo habia renunciado... perdoné ya á la dicha su paso fugaz; ¿por qué recordármela de nuevo? Si el mismo Dios vela sus esplendores á los ojos de las criaturas, temeroso de que le ofendan luego sus propias tinieblas, ¿por qué en los hombres ese empeño cruel de mostrarse compasivos? ¿Qué motivo tiene V., rodeada de dichas que tanto ponderan, para solicitar la envidia y la admiracion de la desgracia? ¿Será que necesita distraerse con mi desesperacion? ¡Oh! señora; mejor es dejarme en mi ceguera, la única que me reconcilia con mi bárbara suerte. En una gota de agua vive feliz el insecto como si fuera un mundo, contento y satisfecho hasta el día en que le dan á conocer el Océano, con sus naves y sus ballenas... ¿Pero V. se empeña en verme feliz? (*Pausa. Se acerca á Milady y le dice interrumpiéndola de súbito.*) Y V. ¿lo es? (*Ésta sorprendida se aparta. Luisa la sigue poniéndole la mano en el corazon.*) ¿Goza de la alegría que promete la situacion en que V. se halla? Si pudiéramos ahora trocar nuestros corazones y nuestra suerte; si en mi inocencia me dirigiera á la conciencia de V., hablándola como una madre... dígame V. ¿querria V. cambiar?

MILADY.—(*Se echa en el sofá, vivamente conmovida.*)

¡Esto es increíble!... ¡inusitado!... Oh no, hija mía, no; esta grandeza de alma no la debes á tu cuna, ni á tu padre tampoco... es demasiado ingenua. No mientas; estoy oyendo la leccion que te dió otro dueño.

LUISA.—(*Mirándola fijamente.*) Me sorprende en verdad, que hasta ahora no se le haya á V. ocurrido que tenia otro dueño... y sin embargo, V. me habia hallado ya otra colocacion.

MILADY.—(*Levantándose de súbito.*) ¡Esto no se puede aguantar!... Si; nada quiero ocultarte... si, le conozco... Lo sé todo... más de lo que quisiera. (*Se detiene de súbito, luego prosigue con viveza que crece por grados hasta el delirio.*) Pero atrévete á amarle aún, desgraciada, y á ser amada de él... ¡qué digo!... atrévete sólo á pensar en él, y á ser uno de sus pensamientos. Soy poderosa; soy desgraciada... soy terrible... Juro á Dios que estás perdida...

LUISA.—(*Con firmeza.*) Sin remedio, Milady, el día en que V. le fuerce á amar á V.

MILADY.— Te comprendo... Pero no me amará. Quiero vencer esta pasion vergonzosa, dominar mi corazon... y aplastar el tuyo. Arrojaré entre vosotros montes y peñascos... como furia entraré en vuestro cielo... Mi nombre, cual fantasma amenazador, os alejará al uno del otro y os arrebatará los besos de los labios... Tu floreciente juventud ha de marchitarse en sus brazos, hasta que quedés convertida en momia. Yo no puedo ser feliz con él, pero tampoco lo serás tú; ¿oyes, miserable? Hay dicha tambien en acabar con la ajena.

LUISA.—Dicha, Milady, que tambien le arrebataron á V. ¡Ah!... No se calumnie V. á sí misma. V. no es capaz de cumplir tales amenazas; V. no es capaz de atormentar á una pobre criatura que no le hizo á V. ningun mal, sino el de sentir lo mismo que V. Por este solo arrebató ya amo á V...

MILADY. — (*Después de serenarse.*) ¿Dónde estoy? ¿Dónde estaba? ¿Qué dejé entrever y á quién?... ¡Oh Luisa! alma noble, grande, divina... perdona mi arrebató. No he de ofenderte en lo más mínimo, hija mia. Dime qué deseas; exige; quiero llevarte en brazos; quiero ser tu amiga; tu hermana... Eres pobre... ¿ves? (*Coge algunos brillantes.*) Voy á vender mi aderezo, mis trajes, mis caballos, mis coches... Todo será tuyo... ¿oyes?... pero renuncia á él.

LUISA. — (*Retrocede, sorprendida.*) ¿Se está burlando de mi desesperacion, ó será que no intervino para nada en aquella infamia? ¡Oh! Pudiera aún aparentar heroismo y convertir en virtud mi impotencia. (*Se detiene pensativa, luego se acerca á Milady, asiéndole la mano, y la mira fijamente con atencion.*) Tómelo V., Milady. Cedo voluntariamente el amor de un hombre, que me arrancaron del corazon desgarrado con las tenazas del infierno. Quizá V. misma lo ignora, pero V. arrebató el cielo á dos amantes, V. separó dos corazones unidos por Dios, V. aplasta á una pobre criatura que aspiraba á él... como V.; que habia creado él para su felicidad... como V.; que, como V., le glorificaba, y que no ha de celebrarle... nunca más, Milady. Aun á la postrera lucha del gusano que muere aplastado, atiende el Omnipotente, ¡cómo ha de ver con indiferencia que se ahoguen los seres cuya vida tiene en sus manos! Suyo es desde ahora, Milady, tómelo V.; vuela á sus brazos, condúzcale al altar, pero no olvide V. que al deponer el primer beso, surgirá entre ambos el espectro de una suicida... ¡Dios tendrá misericordia de mí!... ¡no cuento ya con otro apoyo!

(*Se va corriendo.*)

ESCENA VIII.

MILADY, sola, temblorosa y fuera de sí, mirando hácia la puerta por donde se fué Luisa, hasta que sale de su estupor.

¿Qué es?... ¿qué ha pasado?... ¿qué decia la infeliz? ¡Oh Dios mio! Aún resuenan en mis oidos aquellas palabras terribles, desgarradoras... palabras de maldicion: Tómelo V. ¿Y qué, desgraciada? ¡El presente de tu mortal agonía! ¡el horrible legado de tu desesperacion! ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¿A tal baja llegué, con tal precipitacion fuí derribada del trono de mi orgullo, que aguarde hambrienta lo que me arroja una mendiga en la agonía? Tómelo V... ¡En qué tono lo dijo... con qué mirada! ¡Ah Emilia!... ¿Para eso te elevaste por encima de tu sexo? Porque se hundiera un dia el espléndido edificio de tu honor, ante la virtud de una plebeya, ¿ansiaste el título de gran señora inglesa?... Ah, no... altiva infortunada... no... Emilia Milford puede sonrojarse, pero nunca se dejará envilecer... Tambien yo me siento con fuerzas para renunciar... (*Recorre la sala con majestuoso paso.*) Cesa de mostrarte débil y dolorida... ¡Adios para siempre, tiernas y sonrientes imágenes del amor!... Sea mi guia desde ahora la grandeza de alma. Están perdidos si la Milford no ahoga sus propios deseos, y no renuncia al corazon del Príncipe. (*Pausa.*) Esto es hecho; el terrible obstáculo está vencido; se han roto ya todos los lazos entre el Duque y yo, y arranqué de mi corazon este ardiente amor... Me arrojó en tus brazos ¡oh virtud! recibe arrepentida á tu hija... ¡Qué bien me siento! Me siento como ennoblecida y aligerada de grave peso. Hoy mismo quiero descender de la cumbre de mi grandeza, con la majestad del sol que se pone. Acabe mi poder al propio tiempo que mi amor,

y acompañeme tan sólo el corazón en mi orgulloso destierro. (*Se dirige á una mesa con ademan resuelto.*) Ahora va á terminar todo... ahora mismo, antes que el atractivo de mi amado renueve la terrible lucha en mi corazón. (*Se sienta y escribe.*)

ESCENA IX.

MILADY, el AYUDA DE CÁMARA, SOFÍA.—Luego el MARISCAL.
Algunos criados.

EL AYUDA DE CÁMARA.—El señor Mariscal de Kalb aguarda en la antesala; trae una comisión del Duque.

MILADY.—(*Animada con lo que está escribiendo.*) ¡Cómo brincaré el serenísimo muñeco!... Verdad que la idea es chusca, y hay para volverle loco á Su Alteza. ¡Qué vuelta va á dar la corte, y qué revolucion en el país!

EL AYUDA DE CÁMARA Y SOFÍA.—El Mariscal, Milady.

MILADY.—(*Volviéndose.*) ¿Quién? ¿Cómo?... ¡Ah! tanto mejor... Hombres así sólo han nacido para cargar con el muerto. Bien venido. (*Vase el ayuda de cámara.*)

SOFÍA.—(*Acercándose con alguna inquietud.*) Si no temiera, Milady... y no fuese indiscreción... (*Milady continúa escribiendo.*) La Miller se ha precipitado fuera de la antesala... V. está encendida y da voces... (*Milady continúa escribiendo.*) Temo... ¿qué va á pasar aquí?

EL MARISCAL.—(*Sale haciendo mil reverencias á Milady, vuelta de espaldas. Cuando ésta le ve, se acerca, se coloca detrás de la silla, cuida de coger el borde del vestido, y lo besa respetuosamente.*) Su Alteza serenísima...

MILADY.—(*Echa arenilla en la carta, y vuelve á leerla.*) Me acusará de negra ingratitud... Abandonada de todos, me sacó de la miseria... de la miseria... ¡Espan-

toso cambio!... Rasga la cuenta, seductor, que mi vergüenza eterna la paga con usura.

EL MARISCAL.—(*Después de haber dado en vano varias vueltas en torno de Milady.*) Milady, me parece un poco distraída... Me atreveré, pues, á cometer la osadía de permitirme... (*En voz muy alta.*) Su Alteza serenísima me envía á preguntar á Milady, si habrá esta noche Vauxhall ó comedia alemana.

MILADY.—(*Se levanta sonriendo.*) Una de dos, ángel mio. Mientras, entregue V. esa carta al Duque para postres. (*A Sofía.*) Tú, Sofía, manda que enganchen y que me aguarden todos mis sirvientes en esta sala.

SOFÍA.—¡Oh Dios mio! ¡Lo que presiento! ¿Qué va á pasar aquí?

EL MARISCAL.—Señora, está V. muy animada.

MILADY.—Así se mentirá menos... ¡Viva!... Señor Mariscal, ahí tiene V. una plaza vacante. Buena ocasión para los mediadores. (*El Mariscal da una ojeada á la carta, dudoso.*) Lea V., lea V. No quiero que el contenido de esta carta quede entre nosotros.

EL MARISCAL.—(*Lee. En esto los criados se reúnen en el fondo de la sala.*) « Señor: pacto que rompéis con tal facilidad, no puede seguir obligándome. La dicha de vuestros Estados era la primera condición de mi amor. El error ha durado tres años; cae la venda de mis ojos, y ya sólo me inspiran horror las muestras de afecto, y los favores rociados con lágrimas de vuestros vasallos. Amad á vuestra nación condolida, en vez de amarme á mí, que ya no puedo corresponderos, y tomad ejemplo de una princesa inglesa, para compadecer los infortunios de vuestro pueblo alemán. Dentro una hora habré pasado la frontera. Juana Norfolk.»

LOS CRIADOS.—(*Murmuran por lo bajo, sorprendidos.*) ¡Pasar la frontera!

EL MARISCAL.—(*Dejando la carta encima de la mesa,*

con espanto.) ¡Dios me libre de ello, señora mía! El portador de esta carta arriesga en ello la cabeza, ni más ni menos que quien la ha escrito.

MILADY. — En eso consiste tu inquietud, ¡oh excelente varón! Harto sé, ¡ay de mí! que á tí y á tus semejantes, relatos de esta naturaleza se les atragantan. Así, soy de parecer que metan la esquela dentro de un pastel para que Su Alteza se la encuentre en el plato.



EL MARISCAL. — ¡Ciel!... ¿qué osadía? ¿A tanto se atreverá V.?... ¿Pero no ha pensado V. en la desgracia que la espera?

MILADY. — (Se vuelve á los suyos, y dice con profunda emocion.) Sin duda os embarga la sorpresa, amigos míos, y aguardais con ansiedad la solución de este enigma. Acercaos. Me habeis servido honradamente y con celo, atendiendo antes á mis deseos que á mis dádivas. Obedecerme fué vuestra pasión, y os enorgullecian mis bondades. El recuerdo de mi envilecimiento irá unido al de vuestra fidelidad, porque el triste

destino convirtió en días de ventura para vosotros, los más sombríos de mi vida. (Con lágrimas en los ojos.) Os dejo, amigos míos... Lady Milford ha muerto, y Juana de Norfolk es harto pobre para pagar lo que os debe... Mi tesoro repartirá entre vosotros lo que quede en la arquilla... Este palacio es propiedad del Duque... Ya lo veis; el más pobre de vosotros saldrá de aquí más rico que la amiga del Príncipe. (Les tiende la mano que besan con ardor, uno despues de otro.) Os comprendo, amigos míos... ¡Adios, adios para siempre! (Reprime sus sollozos.) Oigo ya rodar el coche. (Intenta irse. El Mariscal le intercepta el paso.) ¡Pobre hombre! ¡Siempre en tu sitio!

EL MARISCAL. — (Que durante la relación ha permanecido con los ojos fijos en la esquela, con ademán de lástima.) ¡Y esa esquela! Fuerza será que la deponga en las augustas manos de Su Alteza serenísima.

MILADY. — ¡Pobre hombre! Sí; en sus augustas manos, y dirás á sus augustos oídos que, puesto que no puedo ir descalza á Nuestra Señora de Loreto, pasará diariamente el tiempo purgando la vergüenza de haberle gobernado. (Se va corriendo. Los demás se separan vivamente conmovidos.)

